



Desde
12
años



UN ENEMIGO INVISIBLE

ÁNGELA POSADA-SWAFFORD

ILUSTRACIONES: ANDREZZINHO

 **Planetalector**

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: Departamento de Diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: xxxxxxxxxxxx

Ilustración de cubierta: xxxxxxxx

© 2013, Ángela Posada-Swofford

© Esposa Libros, S.L., sociedad unipersonal

© 2013, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13:

ISBN 10:

Primera impresión: julio de 2013

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Muestra sin valor comercial

ÁNGELA POSADA-SWAFFORD (biografía)

Ángela Posada-Swofford nació en Bogotá. Pensó en ser bióloga, pero su gusto por la escritura la llevó a estudiar periodismo y se dedicó a la divulgación de la ciencia. Ganó una beca del Massachusetts Institute of Technology (MIT) y desde entonces se dedica a seguir los pasos de científicos, en toda suerte de emocionantes expediciones, para escribir y hacer documentales sobre sus investigaciones.

Ha sido testigo del descubrimiento de nuevas formas de vida a mil metros bajo el mar, ha seguido a un cazador de fósiles en busca de las primeras criaturas de la Tierra, ha entrenado junto con astronautas, ha buceado al lado de una gigantesca ballena jorobada y ha pisado el Polo Sur, entre muchas otras aventuras.

Dos décadas de hacer reportajes sobre astronáutica, oceanografía, genética, biología, botánica, geología, paleontología, física, astronomía y otras ciencias la han llevado a lugares remotos de extraña belleza.

Ángela es la corresponsal en Estados Unidos de la revista española *Muy Interesante*, y ha escrito para *National Geographic*, *Astronomy Magazine*, *Wired*, *New Scientist*, *The Boston Globe*, *The Miami Herald*, *Gatopardo* y *El Tiempo*, entre otras publicaciones. Ha colaborado con documentales para Discovery Channel y Animal Planet, y ha grabado y narrado sus propios documentales para National Public Radio.

FUTURO AVENTURERO

Debes saber que el 90% de la ciencia y la tecnología que leerás en esta serie es real. Los buques, laboratorios, cohetes, submarinos, microscopios, trajes espaciales, telescopios, microbios, dinosaurios, plantas, ballenas, peces del abismo, soles y hasta galaxias existen o han existido verdaderamente en algún punto del ancho mundo... o más allá. Cada aventura está basada en mis propias correrías a lo largo de los últimos 25 años de escribir notas periodísticas en este campo, o andar detrás de los camarógrafos de algún documental para la televisión. Oh, ¡claro que hay ficción! ¿Qué libro de aventuras que se respete no habría fantasear un poco? Pero donde la hay, son cosas que podrían ser o haber sido, pues están basadas en tecnologías perfectamente posibles.

Esta serie está escrita pensando en todas las mentes curiosas y ávidas de exploración, la fuerza que ha hecho posible cada uno de los avances de la humanidad... y que lo seguirá haciendo.

¿Así que quieres ser astronauta, cirujano, ingeniero, arqueólogo o biólogo? Solo recuerda lo que dijo Wernher von Braun, el inventor del cohete más grande de todos los tiempos —el cohete que llevó al hombre a la Luna— cuando le decían que su sueño era absurdo: “He aprendido a usar la palabra *imposible* con la mayor cautela”.

ÁNGELA POSADA-SWAFFORD

Miami Beach, mayo de 2013

ÍNDICE

Sose.....	17
La venganza de la selva	24
La cueva	30
La noche de las bestias.....	31
Una bala de cañón	41
“Koga quiere a Simón”	47
El cazador de virus.....	53
Dos monos	61
Contagio.....	72
El <i>Reina del Essequibo</i>	74
Encuentro donde los gorilas.....	81
La selva anfibia	89
Canzanboria	104
Key West	111
Descubrimiento en el jardín.....	113
El asesino sin nombre	120

Tyrone	125
Un microchip y un megamisterio	139
Detectives en acción	147
Los Cinco Grandes	160
El monstruo diminuto	166
Un terrible descubrimiento.....	173
En las tripas del buque.....	181
Lucas	189
¡Vamos, Mateo!	194
Skywave.....	201
Como a las bestias.....	206
‘Hombre malo corre Zeru’	209
Biología peligrosa	217
Hermanos de sangre	224
Markus	237
Terror en el sótano.....	247
Caminata espacial.....	252
El Cazador de Virus II.....	265
El espíritu de Sose	267
Agradecimientos	271

*A mis amigos Enrique Coperías y José Pardina,
en Madrid, con quienes he tenido el privilegio de
compartir más de una década de buena ciencia, buen
periodismo y, sobre todo, mucha buena onda.*

*Hay más virus en la Tierra que estrellas en el Universo.
(¿Cuántos? ¡Un 1 seguido de 31 ceros!).
Carl Zimmer, Un planeta de virus*

Lo que estás a punto de leer no ha sucedido... aún. Aunque el país Guyana y sus selvas maravillosas son reales, la región y el virus de Canzanboria no existen. Pero sí existen otros virus igualmente aterradores, como el del Ébola, que también salieron de una remota selva, para los cuales aún no hay una vacuna o un tratamiento (por lo menos hasta el momento en que se escribió este libro), y cuyo huésped natural todavía se desconoce. Virus que atravesaron los continentes como polizones a bordo de aviones, buques y automóviles para causar brotes pequeños pero letales, y que luego desaparecieron como por ensalmo, sin dejar rastro. Y virus como el H1N1 y el H5N1, las llamadas “gripe porcina” y “gripe aviar”, respectivamente, que no hace mucho crearon situaciones de pánico a escala mundial, dando a las autoridades una pequeña muestra de lo que podría suceder en caso de una pandemia.

De Suramérica se exportan algunos monos para su uso en laboratorios de investigaciones, pero el 70 % proviene de Asia. Los laboratorios de bioseguridad nivel 4

existen en Atlanta y en Fort Detrick (Estados Unidos), entre otros lugares, pero no en Miami. Los increíblemente valientes virólogos que trabajan allí lo hacen —al igual que los personajes de esta novela— enfundados en vestidos de presión positiva, llamados comúnmente “trajes espaciales”, donde se esfuerzan por domar su miedo, enfrentándose diariamente al horror más grande que pueda concebir tu pesadilla más espantosa. Una pesadilla que podría hacerse realidad dentro de sus propios cuerpos, simplemente si uno de sus guantes llegara a perforarse.

El riesgo de una epidemia no solo gigantesca, sino letal, y qué tan preparado está el mundo para luchar contra un enemigo diminuto, silencioso y aún desconocido, es lo que les quita el sueño a las autoridades de la salud pública alrededor del mundo. Por eso, cada cierto tiempo, se entregan a complejos entrenamientos en los cuales se inventa un escenario hipotético para ver qué tan capaces son de vérselas con el enemigo invisible. Esta novela puede tomarse como uno de tales escenarios.

ÁNGELA POSADA-SWAFFORD



ÁREA INFECCIOSA

PROHIBIDO EL PASO A PERSONAS NO AUTORIZADAS

Presión del aire: **negativa**

Agentes infecciosos en uso: **clasificados**

Inserte su tarjeta de identificación en la ranura.

Espere a que se encienda la **luz verde...**

Siga

VESTIER

- ✓ Quítese la ropa y póngala en el casillero con su nombre.
- ✓ Cámbiese con las prendas de cirujano que están sobre la silla.
- ✓ **Quítese todo lo que esté en contacto directo con su piel:** joyas, anillos, cadenas, lentes de contacto, etc.
- ✓ Inserte su tarjeta de identificación en la ranura.
- ✓ Espere a que se encienda la **luz verde...**

Siga

NIVEL DE BIOSEGURIDAD 3

Trabajo con agentes infecciosos peligrosos para los cuales **existe** vacuna o cura.

Alarmas: **activadas**

Trajes espaciales: **listos, nivel 4**

Cuidado: luz ultravioleta

- ✓ Póngase los anteojos protectores y párese en el lugar señalado, mirando hacia adelante con la cabeza erguida.
- ✓ Espere a que se encienda la **luz verde...**
- ✓ Ingrese en la **ducha de polvo neutralizador...** Cierre los ojos y permanezca quieto durante un minuto.
- ✓ Procesando... Ducha de aire a alta presión... OK
- ✓ Por favor **tome una mascarilla** de la repisa y póngasela antes de entrar.

Siga

NIVEL DE BIOSEGURIDAD 4

**¡PELIGRO! AGENTES INFECCIOSOS LETALES
PARA LOS CUALES NO HAY VACUNA NI CURA**

- ✓ Sea extremadamente cuidadoso con sus acciones.
Movimientos lentos y deliberados.
- ✓ Prohibido el uso de objetos cortopunzantes.
Agentes infecciosos bajo estudio: **Canzanboria**
- ✓ Póngase el traje espacial. Asegúrese de ajustar bien la manguera de aire. Revise que no haya escapes en el traje. Use la cinta gris para sellarse las mangas y los tobillos. Recuerde el par doble de guantes de cirugía.
- ✓ Haga girar la escotilla de la esclusa de aire hacia la izquierda.

Presiones equilibradas

- ✓ Siga a la esclusa
- ✓ Acerque el ojo derecho a la ventanilla con la cámara biométrica.

Procesando...

Buenos días, _____.

Siga

SOSE

Sose sabía que si daba un paso más iba a morir.

La sensación debería haberlo llenado de pánico, pero era como si su mente, embotada por el dolor y la debilidad, se hubiera separado de su cuerpo y estuviera observando a otra persona. Su ancho rostro estaba decorado con un tatuaje que le conectaba ambas orejas y la nariz con un rosario de bolitas negras. Tres plumas intensamente anaranjadas del ave gallito de roca colgaban de su oreja izquierda. El joven cazador tenía 18 años recién cumplidos, era de baja estatura y su torso desnudo estaba cubierto de collares de semillas que sonaban delicadamente con su movimiento.

El muchacho bajó la vista hacia sus pies descalzos. Estaba parado al borde de una pared vertical tapizada de musgos y helechos que caía cientos de metros hasta perderse dentro de un abismo vegetal. Un mar de arbustos de hojas anchas, palmas imposiblemente altas y árboles milenarios cubiertos de lianas esperaba en el fondo. La Amazonía de Guyana, al sur de esa nación anidada entre el océano Atlántico, Brasil y Venezuela, era la selva más espesa, intacta y desconocida que aún quedaba en el planeta. Un verdadero infierno verde que cubría las tres cuartas partes del país suramericano, dueño del

70% de toda la diversidad de plantas y animales en el mundo.

Sose respiró profundamente, intentando controlar un súbito ataque de náuseas. El esfuerzo empeoró su agudo dolor de cabeza, amenazando con hacerle implosionar el cráneo. La tortura, que había comenzado desde hacía doce días, y que había empeorado progresivamente, nublaba su mente y opacaba todos sus sentidos hasta casi quitarle la personalidad. El muchacho miró hacia el cielo, invocando a su ave protectora, la poderosa águila arpía, la más grande y feroz de todas las águilas que surcaban el cielo. Pero solo vio un reguero de manchas oscuras que danzaban entre las nubes, a medida que un líquido sanguinolento le escurría por los ojos.

La selva de las primeras horas de la mañana estaba llena de los silbidos y cacareos de una infinidad de criaturas, y el aire olía a vainilla y otros dulces aromas que despedían las flores para atraer a sus polinizadores. Pero la nariz del muchacho, recubierta en su interior por ampollas llenas de sangre, había perdido toda capacidad de oler. Sin embargo, podía sentir los volcanes sobre sus brazos y piernas. Eran extrañas heridas abiertas de las cuales salían unos filamentos blancuzcos y finos, como la pasta cabello de ángel. Extrañamente, tenían la consistencia de fibras de tela, y tratar de arrancarlos provocaba el dolor más agonizante.

Aunque dar un paso hacia adelante y caer por el despeñadero habría sido la forma más fácil de acabar con su sufrimiento, Sose retrocedió. No podía morir mientras

estuviera en las garras de un mal espíritu. Tenía que buscar la ayuda de los mayores. Nadie en su tribu lo había visto en una semana, desde que salió de cacería, cuando sus síntomas no se notaban mucho.

Se inclinó para recoger la cerbatana y los dardos envenenados con barbasco que tan hábilmente sabía usar para cazar cerdos salvajes y peces gigantes. Pero un nuevo espasmo de dolor en todos los músculos le hizo tensar los dedos y arquear la espalda grotescamente hacia atrás, como si fuera una marioneta manipulada por la magia de un chamán, obligándolo a recostarse contra las raíces de una ceiba de 350 años. Un trueno se desgranó en las cercanías, opacando el sol.

Desde que tuvo edad para sostener su arco y sus flechas, Sose salía a cazar diariamente, recorriendo distancias de hasta diez kilómetros sin importarle cuando llovía a cántaros (que era la mayor parte del tiempo). Al dejar atrás la adolescencia, comenzó a internarse cada vez más en la espesura y a dar rodeos más largos, de varios días. Se había convertido en un rastreador experto de animales, y había aprendido a seguir a los ocelotes y jaguares por los ríos, para no dejar su olor en la tierra.

Pero su lugar favorito eran las copas de los árboles, porque desde las más elevadas se divisaba su magnífica selva verde enhebrada de ríos e interrumpida por altísimas mesetas planas que caían en unos acantilados impresionantes. Poderosas cataratas de cien metros de altura habían hecho tajos en las rocas, y el agua se desgajaba allá abajo en medio de un arco iris permanente.

Su mamá le había enseñado a querer a los árboles desde que comenzó a gatear, dándole semillas para sembrar maras, almandrillos, ceibas y caobas alrededor de los espacios calvos de terreno donde no había vuelto a crecer nada después de haber sido abiertos a machetazos para sembrar cultivos.

Ella era la única mujer que se les enfrentaba a los mayores, diciéndoles que era más lógico sembrar cosechas a la sombra de algunos árboles estratégicamente plantados, que aplanar cuadras enteras de selva cada cierto tiempo, como pretendían los muchachos jóvenes de la tribu que se las daban de modernos. Y no perdía la oportunidad de llevar a Sose a lo alto de las ramas, desde donde le mostraba el daño que sufría su selva a lo lejos. Diariamente, la espesura era arrasada por empresarios y colonos para abrir caminos y hasta construir un rudimentario aeropuerto.

—Es como si viviéramos en medio de un viejo pergamino al que se le queman los bordes —le había dicho un día—. Cada vez hay más contacto entre la gente de afuera y el corazón de nuestra selva. Vienen a sostener largas conversaciones con los mayores de la tribu vecina. Eso no es bueno. La gente blanca pertenece a sus ciudades, y nosotros, junto con los árboles y sus criaturas, pertenecemos a la selva.

Sose había terminado por pensar como ella y cada vez pasaba más tiempo anidado en las ramas que compartiendo sus ratos libres con los demás chicos. En esto era diferente de ellos, que escuchaban embelesados a los mensajeros que viajaban entre tribus contándoles

historias sobre los blancos e intercambiando jeans y camisetetas por costales de frutas exóticas.

El chico se encogía de hombros ante los cuentos y buscaba cualquier disculpa para escabullirse entre la espesura. Hasta el punto de que la familia de monos que vivía en aquellos árboles terminó por aceptarlo como otro de los suyos. Eran monos aulladores. Medían unos 70 centímetros de altura y eran grandes en comparación con los demás monos de las selvas de Suramérica. Su melena rojiza era gruesa y larga, casi leonina; tenían una carita simpática muy negra, adornada con dos ojos brillantes y siempre curiosos, que no perdían detalle. Sus mandíbulas inferiores eran anchas, y cuando abrían la boca dejaban entrever una lengua y un paladar intensamente rosados.

El muchacho pasaba horas viéndolos saltar entre las ramas, agarrándose con la larga cola, que era como un tercer brazo, y así usar ambas manos para arrancar frutas, flores y brotes de hojas tiernas, que eran su alimento favorito. Se le iban tardes enteras jugando con los bebés y quitándoles las garrapatas a sus mamás. Le encantaba ver cómo los recién nacidos se agarraban a su dedo pulgar con toda la fuerza de sus manitas negras, igual que hacía su hermana menor.

Pero lo que más le gustaba a Sose era escuchar sus bajos aullidos guturales al amanecer y al anochecer. Estos eran coros misteriosos y sobrecogedores que le ponían la piel de gallina. El sonido era tan poderoso, que viajaba por un par de kilómetros y era contestado por

otros grupos distantes de monos. Su mamá decía que esos aullidos eran la forma de advertirles a otros machos que se alejaran de su territorio, y que por eso los monos iniciaban su día aullando para verificar dónde estaban sus competidores.

—¡Es lo mismo que hace tu tía cuando se sienta a hacer collares cantando a todo pulmón! —exclamó ella riendo—. Y ¡ay de ti si te le acercas!, porque cree que la estás espiando para ir a contarles a las otras mujeres su fórmula secreta para pintarlos con el polvo de achiote.

Poco a poco Sose comenzó también a pasar algunas noches encaramado en los árboles. Le parecía que cuando la luna estaba llena eran momentos mágicos porque a veces los monos se despertaban y comenzaban a aullar. El chico se divertía imitando los aullidos y espantando a los ocasionales vampiros que aterrizaban encima de los primates mientras estos dormían.

Una noche, su papá decidió que ya era demasiado. Estaba bien trepar hasta allá arriba para ver el atardecer. Pero eso de quedarse a vivir con los monos estaba convirtiendo a Sose en el hazmerreír de la tribu. Llevaba días advirtiéndole a su hijo que ya dejara de dormir entre las ramas, y el chico simplemente no le hacía caso. Perdiendo la paciencia, su padre se encaminó hasta la isla de árboles y lo llamó a gritos mientras trepaba tronco arriba con la misma destreza del muchacho.

—¡Por las plumas del Gran Águila, Sose! ¡Baja en este mismo instante! ¡Te lo ordeno!

En ese momento el chico tenía entre sus brazos a una joven hembra aulladora de melena color zanahoria quemada, que era muy nerviosa. Los gritos del hombre y el brusco movimiento de las ramas la asustaron y reaccionó con un súbito mordisco en el antebrazo de Sose, quien la dejó escapar con un agudo grito.

—¡ME MORDIÓ! —exclamó el muchacho más con sorpresa que con dolor.

Los gritos despertaron a los demás monos, y a una señal del macho líder, saltaron a otros árboles y desaparecieron en la negrura de la noche en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Sose! ¿Estás bien? ¡BAJA DE AHÍ! —La voz de su papá sonaba angustiada.

—Sí, estoy bien. No es muy profunda —contestó el chico descendiendo cuidadosamente.

—Vamos a ver al curandero inmediatamente —dijo el hombre frunciendo las cejas. La sangre que brotaba del brazo del chico se veía negra bajo la luz de la luna.

El curandero dictaminó que no era nada como para alarmarse y puso sobre la herida una gruesa pasta hecha con la corteza molida del árbol ayahuma, que tenía el don de desinfectar y anestesiar. En realidad el ayahuma era una especie de farmacia para la tribu. Sus hojas, raíces, ramas y hasta su pulpa, todo servía para curar algo distinto, siempre y cuando uno supiera cómo preparar el remedio. El problema era que los jóvenes de las tribus de la región de Canzanboria, influenciados por la medicina

de los misioneros blancos, ya no le hacían caso a la medicina tradicional. Casi no les importaba aprenderla. El curandero apretó los labios. Sabía que cuando él fuera llevado por el Gran Águila, prácticamente no quedaría nadie que supiera cómo usar la selva para sanar a su gente.

—Y bien, joven cazador... —dijo cubriendo el emplasto con una hoja del mismo árbol—, ya estás listo. Ahora ¡fuera de aquí y déjenme dormir!

Una semana después, Sose salía de cacería.

LA VENGANZA DE LA SELVA

La tormenta cubrió la selva de oscuridad y la brisa sacudió las hojas de los árboles con fuerza. Las primeras gotas de lluvia refrescaron el cuerpo afiebrado de Sose, despertándolo de su letargo. Con un esfuerzo supremo, el muchacho se puso en pie, sin poder contener un acceso de vómito, que salió disparado con fuerza. Era un líquido lleno de sangre y granos negros como de café molido. Literalmente estaba escupiendo su estómago. En el interior de su cuerpo, los órganos se estaban apagando uno por uno.

Apoyado en su cerbatana de bambú, inició el largo regreso a casa, recordando milagrosamente el camino, que ahora estaba cubierto de arroyuelos y charcos de barro. Muchas horas después reconoció el sendero que conducía a su isla de árboles. Se preguntó si sus amigos, los monos aulladores, estarían allí. Pero lo único que

podía escuchar era el sonido de la lluvia, atenuado por la congestión de su cabeza.

Cuando salió cojeando al claro de la selva donde estaban los cultivos de bananos y las primeras chozas, la gente que lo vio no lo reconoció. Algunos chiquillos salieron corriendo asustados a anunciar la presencia de un extraño cubierto de sangre y pústulas pavorosas. Un espíritu maligno salido de la selva.

Sose entró en la plazoleta principal y entonces rodó por el suelo, perdiendo el sentido. Cuando volvió en sí había dejado de llover. Escuchó los gemidos de su mamá, arrodillada a su lado y los murmullos de los mayores de la tribu. Ya no sentía dolor. Solo mucho cansancio.

Abrió los ojos y vio el círculo de miradas horrorizadas que lo contemplaban en silencio, y más allá el cielo azul, y en ese cielo azul, vio lo más hermoso que había contemplado en su vida: ¡el Gran Águila! Estaba tan cerca que su tamaño era gigantesco. Sus alas poderosas despedían destellos de luz plateada y de su cuerpo salía un rugido bajo y desafiante que hacía retumbar el suelo. El Gran Águila venía por él, y de pronto Sose ya no tuvo miedo. Y así, sin cerrar los ojos, se vio flotando hacia el ave magnífica. Flotando hacia las garras que acababan de abrirse para arrancarlo de este mundo.

El avión de carga sacó el tren de aterrizaje y perdió altura rápidamente. No era muy grande, pero sí era ancho y pesado y sus dos motores de hélice roncaban con fuerza. Tocar tierra en estas selvas vírgenes era siempre

jugárselas todas, no importa qué tan experto fuera el piloto.

—¿Estás seguro de que están aquí? —preguntó el copiloto nerviosamente, mirando por sus binoculares. A pesar del viento que entraba por la ventanilla, el clima era tan húmedo que tenía la camisa pegada a la espalda. Esta era la selva más tupida que había visto. Lo único que interrumpía el tapete verde eran un par de pequeños poblados con chozas de arcilla, separados por un caudaloso río color vino y, mucho más lejos, un camino de barro.

—Y ¿se supone que debemos aterrizar *ahí*? —continuó el copiloto haciendo una mueca de desagrado—. ¡Nos vamos a quedar atascados! Te apuesto a que ese barro es goma líquida.

—Deja el pesimismo. El cliente sabe lo que hace.

—¿El cliente? ¡Pero si es la primera vez que viene en una década! ¡Y esta gente ni siquiera ha visto un avión!

—No exageres. Los mensajeros tribales mantienen a estas tribus conectadas con el mundo exterior.

Un hombre con un chaleco caqui y sombrero de cuero engrasado apareció en la puerta de la cabina, se inclinó detrás del piloto y señaló con el brazo hacia la izquierda, gesticulando.

—¡Allí están! ¿Ve las cajas? Son ellos. Nos están esperando.

El aparato aterrizó, culebreando un poco en el barro, pero sin enterrarse en él hasta la nariz. Después de todo,

los nativos eran buenos ingenieros. El hombre del sombrero esperó impaciente a que se abriera la rampa trasera del avión y salió con una amplia sonrisa a saludar al pequeño grupo, compuesto de un jefe tribal, dos mensajeros y cuatro cargadores. Estaban parados al lado de no menos de 40 cajas de madera con huecos, cada una de las cuales contenía cuatro monos de varias especies. Los monos habían sido legalmente comprados al gobierno nacional para hacer investigaciones de laboratorio en otros países, y la tribu recibía las tres cuartas partes del monto por el trabajo de atraparlos y empacarlos.

Después de las formalidades, el intercambio de los documentos con el permiso, el dinero y varios bultos de mercancías, los cargadores comenzaron a trasladar las cajas al avión.

—¿Cómo están? —preguntó el hombre del sombrero de cuero haciendo un gesto hacia las cajas, de las cuales no salía un solo ruido.

—Como cualquiera que es secuestrado por un extraterrestre y metido dentro de un ovni —comentó el copiloto detrás de él, aceptando una bebida dulce de color indescriptible en un vaso de plástico.

—Ahora están calmados —dijo uno de los mensajeros, el único que vestía pantalones y camisa. Su español era muy claro, lo cual no era usual entre los habitantes de esta Amazonía, donde se hablaban docenas de lenguajes completamente desconocidos para el mundo—. Pero son animales nerviosos. Tiene que darles agua durante el viaje, que es largo para ellos. No les dé comida

sino al llegar al lugar de captura temporal en Georgetown. Y trate de mantenerles hojas tiernas y frutas junto al concentrado. Eso los ayudará a aclimatarse mejor.

El hombre del sombrero asintió. Los monos habrían de permanecer unos días en un centro de captura que servía de zona de cuarentena antes de salir del país. La regulación le parecía estúpida, porque al llegar a Estados Unidos los animales serían puestos en cuarentena nuevamente. “Dos semanas en Guyana... ¿qué rayos voy a hacer todo ese tiempo?”, pensó. Luego se volvió hacia el jefe tribal, que tenía aspecto impasible y fumaba una pipa.

—Estos monos salvarán muchas vidas —le dijo con cierta solemnidad.

El nativo siguió fumando su pipa sin inmutarse. Vestía un taparrabo rojo y su único adorno era un collar de vértebras de un pez descomunal que habitaba en ese río, intercaladas con semillas de los árboles de ceiba. La fuerza del agua y la fuerza de la tierra unidas.

—Bien, es mejor que salgamos ahora —añadió el extranjero un poco intimidado, con una inclinación de cabeza.

El avión despegó limpiamente y cuando se estabilizó sobre las nubes, el hombre dio un suspiro y se quitó el sombrero, reclinándose en la única silla de abordo, que era una vieja tumbona de playa recostada contra el fuselaje, detrás de la cabina. Al rato sacó del morral una bolsa de papel con un emparedado, una botella de agua y una manzana. El olor de la fruta viajó hasta la caja más

cercana, y una manita de cuero no tardó en aparecer por entre los huecos. Estaba abierta, como pidiendo limosna, y el hombre no pudo menos que reírse, cortar una tajada de la manzana con su cuchillo y dársela al dueño de la mano, que desapareció ávidamente entre la caja.

Pero entonces se escuchó un chillido escalofriante. El hombre se levantó para mirar a través de los huecos y vio que el mono que recibió la fruta había sido atacado por los otros tres. El hombre se agachó para ver mejor y puso la cara muy cerca de las rendijas, pero entonces un par de colmillos color marfil casi le arranca la nariz, dándole un susto mayúsculo que le hizo reaccionar a tiempo, echándose hacia atrás. Con la respiración entrecortada, el hombre se quedó mirando las rendijas. Un par de ojos fieros le devolvieron la mirada en forma desafiante. Eran los de una hembra de melena rojo fuego. Ella era más grande que los otros machos jóvenes. Sentándose a comer el trozo de manzana en una esquina, dejó en claro quién mandaba en esa caja.

Esa noche, el cuerpo de Sose fue quemado en una pira con forma de águila arpía, aunque antes el chamán y el curandero tuvieron que leerle las entrañas para descubrir el maleficio. Pero los órganos del muchacho estaban convertidos en una pulpa tan maltratada y sanguinolenta, que apenas si mantenían su forma original.

Dos semanas después, los habitantes de la tribu amazónica canzanboria comenzaron a morir. Uno tras otro fueron adquiriendo los síntomas terribles de Sose:

dolores de cabeza espantosos, malestar, manchas blancas en la piel que luego se convertían en llagas, y estas, en feas heridas con extraños filamentos. El cuello se sentía tieso, los ojos no podían aguantar la luz del día. Después venían las lágrimas de sangre y los vómitos terribles, espasmos musculares increíblemente dolorosos, confusión general, y finalmente las hemorragias internas, que convertían al cerebro y a los órganos en una masa informe... y que precedían a la muerte.

El demonio no respetaba a los viejos, ni a los niños, ni a las mujeres. Pronto había dado cuenta de las tres cuartas partes del poblado. La mamá de Sose vio morir a su marido y a su hermana, pero de alguna manera ella y su pequeña hija de cinco años estuvieron entre los pocos sobrevivientes. La mujer pasó los dedos por el cabello grueso de la niña, que jugaba con unas semillas del árbol sagrado de *ayahuma*, ajena a todo.

—Es la venganza de la selva, Inkillay —murmuró ella sombríamente, mientras el viento del anochecer se llevaba el humo de las piras y, con este, toda su felicidad—. Es la venganza de la selva.

LA CUEVA

La cueva había permanecido aislada de todo y de todos desde el comienzo del tiempo. Su boca gigantesca estaba escondida por una cascada tres veces más alta y caudalosa que el Niágara. Apenas una rendija de la entrada era visible de día a los aeronautas, una especie de gorrión

famoso por sus acrobacias suicidas, o, de noche, a bandadas de murciélagos y vampiros.

Solo las aves y los mamíferos alados sabían de la existencia de esta caverna magnífica, y ambos usaban sus paredes de roca caliza como apartamentos donde ir a dormir durante el día o la noche. Agarrándose a la piedra con las uñas de los extremos de sus alas de cuero, los murciélagos se apretaban unos contra otros para buscar el calor de sus peludos cuerpos. Y esperaban la llegada de la noche para salir en bandadas a alimentarse; unos, de frutas; otros, de insectos, y aún otros, de sangre.

Pero esa cueva tenía otro inquilino. Uno microscópico que durante siglos esperó la oportunidad de salir al mundo exterior. Un enemigo invisible que infestaba a los mamíferos voladores sin hacerles daño. Pero que, con el transcurso de millones de generaciones, había aprendido a usarlos como aviones caza para infiltrarse en otros cuerpos de sangre caliente y replicarse en ellos.

Un enemigo que se acababa de despertar.

LA NOCHE DE LAS BESTIAS

Era de noche y el zoológico de Miami estaba vestido de gala. Hileras de antorchas decoraban con penachos anaranjados el camino entre el parqueadero y el lago de los flamencos, a medida que los invitados pasaban bajo un dosel de árboles tropicales y se detenían al lado de una cascada, donde eran saludados ceremoniosamente por un empleado del zoológico. La música y las risas de

placer se mezclaban con la brisa suave de los trópicos, los perfumes caros y los deliciosos bocados en las mesas de *buffet* frente a las exhibiciones de los animales, para ofrecer una noche perfecta. Una noche para “cenar con las bestias”.

Era la forma en que periódicamente el zoológico agradecía la generosidad de quienes donaban buenas sumas de dinero para ayudar a mantener a sus dos mil y pico de animales. Porque el parque tenía de todo: mamíferos, aves, reptiles, insectos y peces de casi todos los ecosistemas del planeta. Ninguno de ellos estaba en jaulas, sino en islas de hierba y árboles rodeadas por una profunda fosa de agua, y las aves estaban en bosques bordeados de mallas altísimas.

—Esta es un águila arpía, la reina de las selvas de Centro y Suramérica —le dijo Isabel a una anciana señora de cuello enjoyado que caminaba del brazo de un caballero vestido de esmoquin. La señora se había detenido para examinar la hermosa ave gris oscura con un tocado de plumas en la cabeza, parada sobre el brazo de la niña de trenzas rubias—. Es la más grande y poderosa del mundo. Más que el águila calva. Es capaz de arrancar un mono de las ramas de un árbol. Pero esta es aún muy joven. De otra manera, yo no podría sostenerla —concluyó la niña mientras la pareja exclamaba “¡Ohhhh!” y “¡Ahhhh!”.

Vestidos con los pantalones y la camisa caqui oficial del zoológico, Isabel, Simón, Juana y Lucas estaban en el área de los flamencos, recibiendo a la gente. Había sido una brillante maniobra de relaciones públicas para

esa noche, porque todo el mundo tenía que ver con los chicos y sus exóticos animales; cada uno de ellos tenía consigo una especie “embajadora”, criada o rehabilitada especialmente para que la gente tuviera contacto directo con las criaturas, aprendieran sobre ellas... y se les derriera el corazón.

Los chicos estaban haciendo una especie de voluntariado en el zoo, pasando los tres meses del verano dedicados de lleno a diversas tareas que iban desde limpieza, hasta ayudar con la preparación de las comidas, mantener los diarios de anotaciones de cada criatura y, en ocasiones, acompañar a los veterinarios en los partos y a los investigadores que trabajaban con algún animal en particular.

—En los últimos dos meses han nacido aquí: una gacela, un kudú, un rinocerontito, un ave del paraíso, siete patitos mandarines, un adax, un tapir... —le informó Juana a una familia numerosa todos de pelo rojizo, igual al suyo—. Y este es nuestro King George —añadió acariciando la cabeza de un guepardo magnífico. El gran gato estaba sentado a su lado, y miraba a la familia con los ojos ámbar decorados con un par de rayas negras que le enmarcaban la nariz como dos surcos de lágrimas. Era más alto que un perro mastín, y bastante delgado. Tenía que serlo: era el animal terrestre más veloz del planeta. Su grueso pelaje de puntos negros alargados sobre fondo color arena era como un imán que atraía todas las miradas. Si los guepardos eran exóticos, este lo era aún más: era un guepardo rey. La mascota de los antiguos faraones egipcios. Un animal del cual solo quedaban menos de 40 individuos... en todo el planeta.

—*¡Oh my God!* ¡Oye cómo suena! —exclamó el hijo menor, un chico rollizo que se veía bastante incómodo en su traje de corbata.

Ante las caricias de Juana, King George se restregaba contra sus piernas, ronroneando ruidosamente.

—¡Suena como un auto de carreras en neutro! —exclamó el padre asombrado.

Juana sonrió en el colmo del orgullo. Tras un mes de trabajar con este “embajador” de los felinos, sentía como si el guepardo fuera suyo. Había sido traído del Transvaal, una región al norte de Sudáfrica, cuando era un cachorro huérfano. Y Juana no podía soportar pensar en lo triste que sería cuando desaparecieran los 40 que quedaban. El zoo estaba haciendo hasta lo imposible por preservar a estos y a los demás guepardos en general, con investigaciones y programas de cría en África y en otros institutos del resto del mundo.

En realidad, el zoológico llevaba a cabo varios programas de conservación de otros animales. Era literalmente una carrera contra el tiempo. Pero también se hacían muchos estudios para aprender más sobre los animales, su comportamiento y sus formas de comunicación. Parecía mentira, les había dicho la tía Abigaíl, “pero por más que llevemos décadas estudiando tantas especies de animales, aún es mucho lo que tenemos que aprender sobre ellos”.

Los grandes simios, por ejemplo, eran objeto de varias investigaciones sobre su inteligencia. Los orangutanes, gorilas y chimpancés siempre habían sabido hacerles

entender sus necesidades a sus guardas humanos. Pero había dos gorilas, especialmente, que habían demostrado aptitudes increíbles a la hora de comunicarse en el idioma para sordos. Por eso Simón había escogido trabajar con ellos. Se llamaban Koga, una hembra sumamente inteligente y juguetona que había sido rescatada de vendedores ilegales en el Congo, y su hijo Kemba, que había nacido en el zoo hacía un año y medio.

Tan embelesado estaba Simón con Koga y Kemba, que hasta estaba aprendiendo el lenguaje internacional para sordos, y se divertía inmensamente cuando mamá gorila le contestaba por señas. A veces ambos asistían a clase al mismo tiempo y naturalmente que Koga sabía más que él.

Así que todas las mañanas el apuesto chico sostenía “conversaciones” con Koga, quien le indicaba cosas como “Koga quiere salir a jugar”, “Koga quiere una fruta” o “Koga está aburrida”. Koga había aprendido el lenguaje gracias a una estudiante que quería hacer su tesis de grado. Ahora la gorila entendía más de 1000 palabras por señas y muchas más habladas. Por su parte, Kemba imitaba todo lo que hacía su mamá, y ya había aprendido de ella a pedir plátanos y crayones para pintar.

Esta noche, Simón tenía al pequeñuelo en sus brazos. Al principio estaba más inquieto que nunca, viendo toda esa gente y escuchando la música y el bullicio. Pero después se había adormecido y colgaba del cuello del muchacho con los ojos entrecerrados. Acariciando su pelaje oscuro cuya serie de remolinos naturales le daban

un divertido aspecto de *hippie*, Simón había sentido que algo se le estremecía por dentro. Este joven gorila dependía de los seres humanos del zoo. De cierta manera, dependía de él. Al igual que Juana con King George, e Isabel con el águila, el chico sabía del dilema tan grande en que estaban metidos los poderosos gorilas en su continente natal, África. Si la gente se enamoraba de ellos tan perdidamente como él estaba de Koga y Kemba, ¿por qué no habría de poderse hacer algo con respecto a sus selvas y evitar su cacería?

—¡Mira a Kemba! ¡Creo que está hablando dormido! —exclamó Lucas, que estaba al lado de Simón con su propia criatura, un monito de suave peluche color ocre y gris que cabía en la palma de su mano. Kemba movía los labios como recitando algo en su sueño; pero entonces el monito de Lucas se le abalanzó encima como una centella y comenzó a tirarle del oído. El pobre Kemba despertó azorado, observando a esta extraña criatura cuya carita estaba compuesta de dos ojos almendrados que flotaban en medio de una melena leonina, y un hocico rosado con un asomo de bigotes blancos.

—¡Lucas, quítaselo de encima! —exclamó Simón riéndose—. Ahora le está esculcando la nariz. ¡Pobre Kemba! Al fin y al cabo, ¿qué clase de miquito es este? Nunca lo había visto antes. ¡Parece un mono de bolsillo!

—Es un tití pigmeo, de Colombia, en Suramérica. ¡El primate más pequeño del mundo! Solo existe en el norte de ese continente, y se alimenta de insectos y de la resina de los árboles. Mira: es del tamaño de una manzana. ¡Y casi siempre nacen mellizos! A este lo donó el Zoológico

de Cali, que también regaló la genial nutria gigante del Amazonas.

Lucas trató de desprender al monito de la cara de Kemba, pero la criaturilla estaba encajada a cal y canto examinando la nariz del gorila. Hasta que Kemba lanzó un gemido que hizo que el miquito brincara presa de pánico y cayera en el hombro de Lucas. El chico rio encantado. Al igual que Simón y las niñas, él había tenido la oportunidad de trabajar con un grupo de animales durante ese verano. Le habían asignado los monos de varias clases. Y al igual que sus primos y que Juana, había comenzado limpiando las islas de hierba y árboles. Después le permitieron ayudar a preparar la comida, y hasta había acompañado al veterinario en algunos de sus exámenes médicos.

Pero sus monos favoritos eran los aulladores. Ahora solo había dos machos. Entre la gente, los aulladores tenían fama de ser agresivos, quizás por su grueso cuello y su amplio pelaje. Pero Lucas sabía que esto no era cierto. Eran increíblemente dulces y cariñosos y adoraban que les rascaran la quijada. Y Lucas ponía el despertador para justo antes del amanecer, con tal de salir a escuchar sus extrañísimos llamados.

Puesto que la tía Abigaíl vivía en la playa, bastante lejos del zoológico, había hecho un acuerdo con los guardias del parque para que sus sobrinos se quedaran a dormir en un modesto edificio de dos pisos para visitantes especiales del zoo. De tal manera que solo era cuestión de cruzar una verja para estar en medio de los animales.

Y los tres chicos no podían estar más felices. Cada semana juraban que iban a convertirse en veterinarios o expertos en una u otra especie. La única que seguía fiel a lo que siempre había querido era Isa: lo suyo eran los dinosaurios y otros fósiles. Pero por ahora se había dedicado en cuerpo y alma a aprender y cuidar a las águilas y a la espléndida pareja de cóndores de los Andes que había en el zoo. Después de todo, las aves son las descendientes de los dinosaurios. Y eso la tenía fascinada. Especialmente ahora que la mamá cóndor acababa de poner dos huevos, porque los científicos tenían la intención de criar a uno con el objetivo de liberarlo en los picos de Colombia.

“¡Auuuuuooooo!” llamó el águila arpía, batiendo las alas poderosamente, mientras hundía sus garras en el guante de cuero que le llegaba por encima del codo a Isa.

—Oye tú, ¿no pensarás en escapar, cierto? —le dijo un tanto intimidada al ave, que no le quitaba la vista al trozo de carne cruda que tenía Isa entre los dedos—. No, tú tienes cortadas las plumas. Pero sé, además, que tus criadores no podrían vivir sin ti. Anda, come, que este banquete también es tuyo.

—¡Qué quiere usted decir con que los monos se escaparon? —chilló el director de una de las bodegas de carga del aeropuerto de Miami cuando el boquiabierto empleado le mostró dos cajas de madera abiertas, entre las 40 que acababan de llegar de Suramérica.

—Estábamos bajando las últimas cajas, y cuando llegó el camión para trasladarlas a cuarentena, nos dimos cuenta de que había dos de ellas vacías.

—Hombre, ¿no será más bien que venían vacías?

El empleado, asustado, miró a su jefe, y negó con la cabeza, entregándole el manifiesto de carga.

—Maldición —dijo el jefe, y cogió el teléfono—. Comuníqueme con el dueño del cargamento de monos precedentes de Guyana. Sí, debe estar llenando los papeles de ingreso al país.

Una hora después el hombre del sombrero de cuero aparecía en el hangar hecho una furia. Después de dos semanas de viaje estaba harto de monos, y solo quería regresar a la comodidad de su casa. Las demás cajas habían sido llevadas a cuarentena y solo las dos vacías estaban en el piso, al lado del avión.

—¿Qué significa esto? —gritó—. ¿Qué clase de mediocridad es esta? ¿Saben lo que cuestan estos animales? ¿Lo increíblemente difícil que es conseguirlos? No estamos hablando de un cargamento de café, ¿entienden?

—Señor, calma —dijo el jefe del hangar poniéndose las manos en la cadera. Si este tipo se ponía pesado tendría que llamar a Seguridad—. Primero que todo, Seguridad está buscando a los ocho monos por el perímetro del aeropuerto. Y en segundo lugar, la culpa es suya por usar cajas tan endeble. Mire: esta está desvencijada.

El hombre del sombrero no contestó nada. Salió a la puerta del hangar intentando ver a sus animales en la

oscuridad de la noche, pero solo vio las luces de la pista de despeque. Enfurruñado, regresó al hangar y examinó la primera caja. La madera estaba en mal estado y se había partido fácilmente. Luego examinó la otra caja. Estaba en buen estado y el cerrojo estaba intacto, pero el candado se le había caído. Seguro que no estaba bien cerrado y las vibraciones del viaje habían terminado por abrirlo. Pero, de todas maneras, la puerta de la caja seguiría cerrada con un complicado sistema de pasador y pestillo. La única explicación posible era que uno de los monos hubiera sacado la mano por entre los barrotes de madera para halar el pestillo y descorrer el pasador, que estaba en el techo de la caja.

—¿Cuál es el número de esta caja? —preguntó inclinándose para buscar la marca, pero el hombre del hangar se lo dijo inmediatamente, mostrándole el manifiesto de carga, con el tachón en rojo.

—Es la 18.

El hombre del sombrero tomó el manifiesto y lo estudió durante unos instantes. El papel no solo describía el contenido de cada caja, sino su ubicación dentro del avión. “Tres machos jóvenes, una hembra semiadulta, *Alouatta macconnelli* (mono aullador rojo de Guyana)”. El hombre vio entonces la localización de la caja: justo al lado de donde solía poner su tumbona, en el costado izquierdo, y a su mente acudió la escena de los dientes de la hembra color fuego a escasos milímetros de su nariz. Por alguna razón no le parecía imposible concebir que ese animal de mirada fiera hubiera descorrido el cerrojo de la caja.